

Cuando la psicomotricidad arropa, el deseo emerge

**Esther
Marín
Pizarro**

Maestra y
psicomotricista,
colaboradora del
Grup de Recerca de
Psicomotricitat (GREP)
de la UAB.

Como polilla que se acerca demasiado a la luz y, sin saber exactamente cómo, queda chamuscada, huérfana de utopía.

Buscando el lugar donde encajar... Cegada por la luz de una gran lámpara que me iba a permitir trabajar de manera coherente con mi forma de entender al infante, podía verme, por fin, desplegando las alas en un lugar que iba más allá de lo que podría haber imaginado... Me sentí feliz, muy feliz... Me dirigí con firmeza y confianza hasta que mis alas comenzaron a chamuscarse, mi boca tuvo que cerrarse y a mi cuerpo le costó soportar el dolor de la experiencia...

La vida a veces se ceba y no sólo quedé huérfana de utopía pedagógica, también de padre y referente: un tumor se lo llevó sin aviso previo. Caí en picado. Y no miento si digo que uno de los hilos que me sostuvo fue la bondad encontrada entre los miembros del GREP de la UAB.

Cuerpo, presencia, emoción, sostén, asimetría, empatía... ¡Qué lindo cuando en la más absoluta vulnerabilidad sientes que compartes proyecto con personas que emanan tal calidad humana! Están ahí, sin juzgar,

acompañando con respeto, desde la distancia, ese proceso de duelo que a veces se hace infinitamente largo.

En medio de tanto dolor y ruido tuvo lugar una entrevista muy ansiada por mí, la entrevista a Bernard Aucouturier. En el GREP llevábamos un curso y parte del siguiente trabajando sobre las diferentes orientaciones de la psicomotricidad y yo estaba dentro del grupo que se encargó de la PPA.

Con ayuda de la familia y un gran esfuerzo personal conseguí asistir a la entrevista. La recuerdo de manera confusa por mi situación personal, pero altamente emocionante. Estuve especialmente receptiva a la demanda de Aucouturier sobre la necesidad de que la escuela infantil favoreciese el juego espontáneo de las niñas y niños, en un entorno rico para potenciar su desarrollo psicológico de manera armónica. No era la primera vez que oía a Bernard Aucouturier tratar el tema.

Cuando volví a ocupar mi plaza en la escuela de la que me había despedido un año antes, había perdido el lugar ocupado hasta el día de mi marcha como psicomotricista.

Todas las decisiones tienen sus consecuencias.

Se me encomendó la tutoría de un grupo de P3, otra de mis pasiones. Lo tomé como una oportunidad para materializar lo que andaba dando vueltas en mi mente.

Me propuse firmemente repensar el espacio y los materiales del aula para que el tiempo dedicado al juego libre de las niñas y niños en clase, fuese en un entorno de la máxima calidad posible.

No era un tema del todo nuevo para el equipo de infantil, pues antes de marchar le habíamos dado algunas vueltas a la organización del espacio, la calidad de los materiales, etc. Al volver encontré que las compañeras habían redistribuido los espacios. Continuamos trabajando en la observación del juego espontáneo y en la adecuación progresiva de los materiales y de las intervenciones.

En este contexto transcurrió la experiencia de acompañamiento a un niño, al que llamaré U., con déficit de visión dentro del grupo de P3 que me asignaron como tutora. Todo esto fue posible gracias a la colaboración, conexión y trabajo conjunto de todos los profesionales y la familia, como reflejé en una comunicación¹. Fue una experiencia que estuvo también impregnada por mi formación como psicomotricista.

“El placer como base del aprendizaje”.

“Aunque la actividad creadora es creación de sí mismo, es también descubrimiento y creación permanente de los otros”.

B. Aucouturier².

A menudo una siente que se formó por vocación, por deseo de aprender y dar lo mejor de sí misma. Y luego se da cuenta de que todo cambia, de que ya nada es lo que

era y de hay que reinventarse y continuar buscando la manera de seguir aportando el granito de arena. Eso sí, en mi caso, siempre dentro de la Escuela Pública.

Esta es una experiencia que llegó a mi vida en un momento difícil personal y profesional, que me dio la oportunidad de reinventar y reconstruir en un curso en el que dejaba de ser la psicomotricista de la escuela para volver a la tutoría de P3.

Volvía con la ilusión de quien recupera algo que ama, con la incertidumbre de lo desconocido y el gran reto de ir encontrando la forma de dar el lugar que corresponde al juego espontáneo de las niñas y niños en un marco escolar aún excesivamente rígido.

Uno de los niños del grupo era él. Llegó a la escuela con su mochila de experiencias. Me sorprendía y me maravillaba su capacidad de orientación dado su déficit de visión. También su interés por lo que le rodeaba, su capacidad de usar al máximo su resto visual. Se me había comunicado que veía un 6% a metro y medio de distancia. El mundo para él, a nivel visual, eran bultos y sombras de colores.

Pronto pude comprobar que el mundo era mucho más que eso para él: era tacto, era olor, era sonido... Era también la información propioceptiva e interoceptiva en las diferentes situaciones.

Iba descubriendo el lugar que parecía ocupar el otro: el adulto, en quien buscaba la seguridad dentro de un espacio desconocido; los iguales (muchos: 24), con los que compartía mirada y atención del adulto, objetos, espacio físico y sonoro.

Él había vivido una situación similar en su escuela infantil (0-3), pero entonces contaba siempre con el acompañamiento individual de una persona adulta. Durante ese

Me propuse firmemente repensar el espacio y los materiales del aula para que el tiempo dedicado al juego libre de las niñas y niños en clase, fuese en un entorno de la máxima calidad posible.

Pronto pude comprobar que el mundo era mucho más que eso para él: era tacto, era olor, era sonido... Era también la información propioceptiva e interoceptiva en las diferentes situaciones.

1. Presenté una comunicación sobre esta experiencia en las Jornadas de *Psicomotricitat i Escola* de la UAB de 2019.

2. Aucouturier, Bernard (2018). *Actuar, jugar, pensar*. Barcelona: Graó.

Compartí mis observaciones con la familia y con los diferentes profesionales que lo acompañaban en los diferentes servicios.

3. Durante las sesiones de psicomotricidad la persona designada por la escuela para realizar dicha actividad se encargaba de llevar la sesión junto con la TEI, y mi papel consistía en el acompañamiento individual a U. dentro del grupo.

El impulso agresivo hacia los demás se fue transformando en juego de imitación y/o persecución, aunque no desapareció del todo.

curso, progresivamente, iría transitando hacia la autonomía en el marco escolar.

En los primeros días se situaba cerca del adulto; también podía estar cercano o entre los otros niños del grupo, aunque en ocasiones necesita ocupar espacios menos concurridos. Se conformaba manipulando los objetos que quedaban disponibles cerca de sí. Solía rehuir los intentos de interacción de algunos niños que se le acercaban.

De repente, un día, dejó caer un objeto sobre uno de los niños del grupo, Este niño lloró y desencadenó la atención del adulto que se interesó por su estado. ¿Quizás fue un momento en que descubrió cierto poder para transformar el mundo que le rodeaba?

Fuera por lo que fuese, a lo largo del primer trimestre, se fueron sucediendo los episodios de confrontación, aparentemente gratuita, con algunos de sus iguales, generalmente los mismos niños. Estas situaciones provocaban la reacción inmediata de los adultos al cargo, de manera más o menos ansiosa, en función de la persona y la situación.

En este contexto se produjo la siguiente conversación:

Adulto: “... *Toca-li la cara, està mullada, plora, diu que li has fet mal. A tu t’agrada que et facin mal?*” (Tócale la cara, está mojada, llora, dice que le hiciste daño, ¿a ti te gusta cuando te hacen daño?).

Él: “*Sí agrada*” (Sí, me gusta).

Esta respuesta desencadenó en mí diferentes preguntas: ¿Le gustaba la reacción que se genera con su actuación? ¿Le gustaba que le pegaran? ¿Entendía lo que le estaba preguntando? ¿Quién era él para sí mismo? ¿Quién era el otro? ¿Existía un yo? ¿Existía un otro?

Paralelamente yo percibía que en las interacciones que protagonizaba podía haber

un deseo de transformar y apropiarse del mundo. Quizás era su primera manera de abordar el mundo de manera autónoma.

Compartí mis observaciones con la familia y con los diferentes profesionales que lo acompañaban en los diferentes servicios. Procuramos, juntos, entender la situación y nos preguntamos por el lugar que ocupaba la emoción en su vida. Cada uno de los agentes trabajaba desde su lugar; yo, desde el mío, veía la necesidad de llevar la confrontación al plano simbólico del juego en la sala de psicomotricidad. Sería en un espacio delimitado, con normas de juego, donde no se permite hacer ni hacerse daño y bajo la supervisión constante del adulto para garantizar la seguridad física y afectiva de la actividad³.

Después de ese momento observé un cambio progresivo respecto a la relación con el otro, consigo mismo y con el entorno:

El impulso agresivo hacia los demás se fue transformando en juego de imitación y/o persecución, aunque no desapareció del todo. Se mostraba más activo en la sala de psicomotricidad y comenzó a explorar de forma sensoriomotriz el espacio duro de la sala, las estructuras de madera: subía y bajaba la espaldera, exploraba la pasarela, se mantenía sobre ésta, pedía ayuda para saltar, etc. Y lo repetía con placer una y otra vez. Exploraba otros lugares de la estructura, los compartía con otra niña, que se convirtió en su compañera de juego habitual en la sala.

A lo largo del tercer trimestre comenzó a preguntarse por los demás:

— “*On és la S.?*” (¿Dónde está S.?).

— “*Què fa la L.?*” (¿Qué hace L.?).

— “*Qui és aquest?*” (¿Quién es éste?).

— “*Per què la P. pot saltar sola?*” (¿Por qué P. puede saltar sola?).

Cuando la psicomotricidad arropa, el deseo emerge

— “*Per què jo no puc saltar sol?*” (¿Por qué yo no puedo saltar solo?)⁴.

Comenzamos a hablar de aquello que es fácil para unos y difícil para otros; sobre sus competencias para orientarse y para reconocer objetos mediante el tacto; sobre su capacidad para explicar sus experiencias y descubrimientos. Y también de mi disponibilidad para acompañarle desde la distancia cuando se sintiera preparado para saltar solo.

Todos los profesionales y la familia coincidimos en destacar que observamos una gran evolución en él respecto a la autonomía en las relaciones, el uso de los objetos, el control y coordinación corporal, la capacidad de expresión y comprensión de mensajes, etc.

Se acercaba el final del curso y volvía a sorprenderme con su demanda:

— “*Vull jugar a pica-paret amb la P.*” (Quiero jugar a *pica-pared* con P.).

¡Guau! Me emociono al oírlo.

Paralelamente, la relación con el adulto también fue evolucionando: podríamos decir que pasó de la seguridad del contacto a la seguridad en la distancia.

Los iguales empezaron a ocupar el espacio de compañeros de juego; comenzó a tener un lugar en el grupo, también en el juego espontáneo. Se abrían nuevos retos y situaciones de aprendizaje en las cuales el acompañamiento se situaba desde otra perspectiva, quizás en el camino de posibilitar los encuentros.

Comenzaba el tiempo de un adulto que contenía los excesos, recordaba las normas, ponía límites a la transgresión que comenzaba a surgir con la consiguiente inquietud generada y con la sonrisa de haber llegado a este punto.

Pienso que la experiencia fue tan enriquecedora para él como para todos los que le acompañamos en el proceso; también para el grupo de compañeras y compañeros. Quizás la mirada del psicomotricista también tiene lugar en el aula.

4. Lo había intentado en varias ocasiones y finalmente no se atrevió.

Todos los profesionales y la familia coincidimos en destacar que observamos una gran evolución en él respecto a la autonomía en las relaciones, el uso de los objetos, el control y coordinación corporal, la capacidad de expresión y comprensión de mensajes, etc.

